

Poesía inédita de Oscar Hahn

por

Pedro Lastra

El primer libro de Oscar Hahn (n. 1938), obtuvo uno de los premios del concurso *Alerce* de 1960. El volumen, que apareció un año después bajo el título de *Esta rosa negra*, desorientó a un sector de nuestra crítica, poco habituada a diferenciar, en un poeta que se inicia, las fronteras de la autenticidad y las del fraude.

La poesía primera de Oscar Hahn muestra ya un carácter singular, y cuyo mérito sobrepasa la propiedad con que el autor recurre a metros y ritmos poco usuales hoy día. Entre otras cosas, tal singularidad se refiere a la plasmación de sus contenidos poéticos en un lenguaje que no desdeña acoger ciertos rasgos populares —prosódicos y de sentido—, o formulaciones insólitas, no exentas de humor negro, que la intencionalidad del contexto ilumina de pronto:

*Fijense que murió la noche, fijense;
se cayó como los mudos, fijense...* (Fábula nocturna)

*Déjese de zancadillas,
a usted, muerte, se lo digo;
ya no le importa ni un higo
destrozarnos las rodillas...*

.....
*Qué dulce el pastor escrito
por la pluma de la muerte:
en unos escribe suave
y en otros la entierra fuerte.* (Egloga fúnebre).

En *Reencarnación de los carniceros* —el poema más importante de su libro— Hahn señala los riesgos que acechan al hombre contemporáneo; la visión de ese riesgo se despliega aquí a partir de un versículo del *Apocalipsis* y se proyecta como requisitoria y advertencia:

*Y vi que los carniceros, al tercer día,
se están matando entre ellos perpetuamente.
Tened cuidado, señores los carniceros,
con los terceros días de las terceras noches.*

La audacia de la palabra poética de Oscar Hahn no entra nunca en competencia desleal con el rigor. Para Hahn, como para la mayoría de los poetas chilenos conscientes de su compromiso con la tradición, el poema no es producto exclusivo de inspiraciones más o menos súbitas: es elaboración condensadora, e intensificadora, de la intuición inicial. La certeza de este convencimiento explica, en parte, la lentitud con que hemos visto trabajar a Oscar Hahn, y su sostenido rechazo a la publicación de textos que muchos de sus compañeros estimaban logrados. Creo que los cuatro poemas inéditos que aparecen ahora son los primeros que entrega a una revista, con posterioridad a la impresión de *Esta rosa negra*, y ellos bastan para demostrar la facultad expresiva del autor y el alcance de su visionaria experiencia del mundo; desde luego, es conveniente atender al ponderable esfuerzo realizado por Hahn para lograr la comunicación de esa experiencia, enfrentando con lucidez el problema de la forma externa.

Pero hay un poema entre éstos que deseamos destacar de manera especial, no sólo porque representa una línea posible de detectar en las preocupaciones del escritor, sino porque la condición visionaria logra configurarse aquí, a nuestro juicio, con máxima eficacia. Se trata de *Visión de Hiroshima*, poema ligado estrechamente a *Reencarnación de los carniceros*, en cuanto corresponde también a una suerte de apocalíptica denuncia del exterminio. Lo que en *Reencarnación...* se daba como como pesadilla —“Y vi que los carniceros al tercer día, / llenos de cuervos que eran ellos mismos, / volaban persiguiéndose, persiguiéndose, / constelados de azufres fosforescentes”—, se presenta ahora como reconstrucción lírica de uno de los acontecimientos más dramáticos del siglo xx. El poema de Hahn podría resistir, sin mengua, la confrontación con diversos textos acerca del mismo tema. Pensamos en algunos poemas de los *beatniks* norteamericanos y, en particular, en la impresionante *Descripción tentativa de una comida ofrecida para promover el “impeachment” del Presidente Eisenhower*, de Lawrence Ferlinghetti; en esa denuncia de la “muerte mundial” del poeta nicaragüense Joaquín Pasos, titulada *Canto de guerra de las cosas*, o, desde otro ángulo, en la *Canción lúgubre para el nuevo amanecer*, de Edith Sitwell. Un aspecto común en casi todos estos poemas es la referencia bíblica, que sustenta la visión trágica del presente. Dice Ferlinghetti:

Y vino en su arca Noé semejándose sorprendentemente a un enfurecido Jesucristo y viajó alrededor sobre su ala de ave y recogió dos bestias de cada especie que querían salvarse de la lluvia que estaba dejando caer gatos y perros de verdad y de la cual no había más escapatoria que la paz...

Dentro de la misma idea poética, Pasos construye:

*...decid si este diluvio de fuego líquido
no es más hermoso y más terrible que el de Noé,
sin que haya un arca de acero que resista
ni un avión que regrese con la rama de olivo!*

Hahn alude a la destrucción de Sodoma y Gomorra:

*...los amantes inmóviles en la vía pública,
y la mujer de Lot
convertida en columna de uranio.*

Más allá de la terribilidad de estos textos, y tal vez por ello mismo, es lícito reconocer la esperanza última que conlleva la advertencia formulada por estos poetas, en obras vinculadas, de manera tan entrañable, por una misma preocupación sobre el destino del hombre¹. ¿Encontrará esta incitación otras respuestas en la nueva poesía chilena?



¹El libro *La tempestad* (1961), del poeta chileno Alfonso Calderón, se inserta también en esta línea. Los complejos culturales bíblicos son evidentes en su largo poema. He aquí un ejemplo:

*Corre el tiempo tras los reinos
divididos. Huellan los pies
senderos inocultos. Del cielo
viene el fuego. Cruje el universo.*